

rantes y charlatanes los astrólogos; pero que hay ocultas y misteriosas ciencias, que descubren los arcanos del porvenir es un hecho que la iglesia misma reconoce, y comprobado lo veis en las causas que el Santo Tribunal de la fé forma para el castigo de brujos, adivinos, májicos y hechiceros—¿creís, señor D. José, que si tales no existieran se ocuparia de ellos la Inquisicion perdiendo el tiempo en perseguir quimeras?

—Razon teneis; pero este hombre á quien vamos á ver, peligro corre de morir uno de estos dias en la hoguera.

—No, porque la majia de este ha sido examinada por el Santo Oficio, y licencia tiene para ejercerla, que dado se la ha el señor inquisidor mayor.

—No me parece maravilla que el padre Nitardo, jesuita y todo como es, pareceme mas de la compañía del demonio que de la de Jesus, y solo el favor inmerecido que S. M. le dispensa, pudo haberle llevado á un empleo que de derecho y por méritos competia al señor cardenal de Aragon, arzobispo de Toledo.

—Cosas son esas en que yo no entiendo, porque aunque nuestra amistad es de ayer, dicho os tengo que vine de mi tierra y he vivido aquí sin haber querido presentarme á la corte hasta hoy que tengo un gran empeño.

—Abrazar pretendéis el partido del príncipe ó el del padre Nitardo.

—Ni uno ni otro, que poco dispuesto me encuentro á tomar parte en esas desavenencias; los poetas no tenemos vocacion para esa clase de luchas, y solo deseamos un monarca como S. M. Felipe IV que nos proteja, nos alienate y nos considere.

—Por mi fé, señor Valenzuela, que hareis en ello perfec-

## III.

En el que se verá que en el siglo diez y siete habia ya hombres que se burlaban de la astrolojía judiciaria.



A noche habia cerrado y por una de las mas estravia das callejuelas de Madrid caminaban dos hombres apresuradamente.

No habia mas que la luz de las estrellas, porque en aquella noble y coronada villa no hubo alumbrado en las calles hasta que estinguida la rama de lo monarcas de la casa de Austria con la muerte de Carlos II, entraron á gobernar los Borbones.

Nuestros dos hombres hablaban en voz alta y por esa conversacion podremos conocerles, y saber el objeto que los llevaba por allí y á tales horas.

—Paréceme, señor de Valenzuela—decia el uno—que no estais enteramente convencido de que los tales astrólogos no son otra cosa que charlatanes y aventureros, que así saben de lo que que pasará en el porvenir, como de lo que acontece en los reinos de la luna.

—No podré negaros, señor D. José de Mallades—contestaba Valenzuela—que son en lo general hombres igno-

tamente, porque un mar de intrigas es la corte en el que zozobra el bajel mas poderoso y bien gobernado.

—Y sin embargo, vos....

—Que quereis, se comienza sin sentir, y se concluye sin querer; es un torbellino que arrastra una vez que se haya tenido la desgracia de entrar en él; pero veamos, si no soy importuno ¿qué os obliga á entrar en palacio?

—Caballero sois y jóven, y puedo abriros mi corazon: una dama me atrae, vos que amais á D<sup>a</sup> Laura comprendereis que hay atracciones que son irresistibles.

—Ciertamente, ¿y quién es la musa que vá á inspiraros en la corte?

—Soy tan desgraciado que aun ignoro su nombre y calidad.

—¿Es acaso alguna de las damas de la reina?

—Creo que sí.

D. José reflexionó.

—Es una jóven rubia?

—Sí.

—Alta, esbelta?

—Sí, sí.

—Ah! pero entonces será D<sup>a</sup> Eujenia, una dama alemana, de gran estimacion para Su Majestad.

—Es posible!

—Mala fortuna, os aseguro.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque fama tiene esa señora de insensible, y en segundo porque tan adicta es al padre Nitaro que no os daría su amor mientras no fuéreis partidario ciego del confesor de la reina.

—Me haceis perder la esperanza.

—No es para tanto; probad fortuna; quién sabe si para vos estaria reservada esa dicha.

—Dios quiera, porque adoro á esa dama; es mi porvenir, mi ilusion única....

—No podeis negar que sois poeta.

—Señor de Mallades, todos los enamorados lo son.

D. José iba á contestar, pero en este momento llegaron á la puerta de la casa del astrólogo.

—Hemos llegado—dijo D. José Fernando de Valenzuela,—entrad.

—No, vos que conoceis mejor el camino—contestó Mallades.

Valenzuela empujó la pesada puerta y penetró en un portal lóbrego y apenas alumbrado por un miserable candil.

Se percibia allí un olor de tierra húmeda, y soplaba un viento frio y encallejonado que hacia vacilar constantemente la llama del candil.

—Horroroso es esto—dijo D. José componiéndose instintivamente el talabarte y llevando la mano á la empuñadura de su daga.

—Como casa de brujo—contestó Valenzuela.

Atravesaron un gran patio, en cuyo fondo habia una puerta por donde brillaba una luz al través de una cortina roja.

Los dos jóvenes se dirijieron á esa puerta, y Valenzuela llegando primero, alzó la cortina y penetró seguido de su compañero.

Era una estancia pequeña, pero ricamente adornada. las paredes estaban tapizadas de damasco encarnado, al rededor habia divanes y grandes almohadones forrados de seda del mismo color, y en el centro una gran piedra ca-

prichosamente labrada, sobre la cual habia colocada una gran lámpara de bronce con tres mecheros en los que ardian, tres grandes luces.

Una tupida alfombra persa, ahogaba el ruido de las pisadas.

Sentado en el suelo estaba un esclavo negro que vestia un traje oriental de seda recamado de oro.

Al presentarse allí los dos jóvenes, el esclavo se levantó, cruzó los brazos é hizo una profunda reverencia.

D. Fernando, que debia haber estado allí otra vez, hizo una señal al esclavo, que desapareció por una puertecilla que estaba oculta entre el tapiz.

—Veo que conoceis las costumbres de esta casa—dijo Mallades sentándose.

—Os he dicho que un amigo me trajo como yo os traigo ahora á vos, y él hizo lo que yo ahora hago.

La puertecilla volvió á abrirse, y el negro se presentó haciendo seña de que pasasen los amigos.

—Pasad—dijo Valenzuela—os dejaré solo.....

—No, hacedme la gracia de entrar; no espero que me descubra el sábio, secreto que vos debais ignorar, y advertiros debo que nada creo de todo esto.... vamos.

El negro abrió su puertecilla y los dos amigos se encontraron en el laboratorio del astrólogo.

Aquella era una inmensa confusion de armarios y mesas, en las que habia vasija y redomas, y retortas, y cajas, y libros, y pergaminos.

Instrumentos de metal de formas estrañas, animales disecados y vivos, esqueletos y cráneos y mómias.

Y todo alumbrado por una lámpara de bronce, tambien de tres luces, suspendida del techo por una cadena.

El astrólogo estaba en pié, en el centro de la estancia; vestia una túnica larga de anchos pliegues ceñida á la cintura por una cadenilla de oro, y tenia en la cabeza una especie de tiara como la de los grandes sacerdotes judíos.

Era un hombre alto, y su larga y espesa barba, completamente cana, le llegaba hasta la cintura; tenia en una mano un gran libro, y en la otra una varita de acebo.

—¿Pretendeis saber vuestro destino?—dijo dirijiéndose á D. José que iba por delante.

—Sí—contestó con resolucion el joven.

—Hay en el porvenir arcanos terribles y misteriosos, que los débiles mortales tiemblan y desfallecen al conocer: puede asegurarse su ventura pero es mas comun la desgracia, ¿os encontrais con valor para ver en lo futuro?

D. José sonrió desdeñosamente.

El astrólogo lo observó.

—Bien—continuó—sois joven y valiente; vereis en el Porvenir, os diré lo que os guarda la fortuna, pero contestadme algunas preguntas, con verdad, para saber vuestro horóscopo.

D. José comenzaba á sentirse afectado.

—¿Os llamais?

--D. José de Mallades, caballero aragones.

El astrólogo pintó algo en un pergamino que estaba estendido sobre una mesa.

—¿Cuántos años contaís?

--Treinta.

—Teneis partido en la corte en las bandas que la dividen?

¡ D. José vaciló

—Aun es tiempo—dijo el astrólogo—si temeis todo se dará por terminado.

—No temo—dijo D. José—tengo partido; pertenezco al bando del príncipe mi señor, D. Juan de Austria.

—Bien—mostradme vuestras manos, por las palmas.

El astrólogo examinó las manos de D. José; luego escribió, trazó líneas rectas y círculos, signos cabalísticos, siempre pronunciado á media voz palabras estrañas.

—Jóven—esclamó el astrólogo conmovido, ¿tendreis valor para escuchar vuestra sentencia?

—Eseusad preguntas importunas y hablad—dijo D. José emocionado á pesar suyo.

—Los astros—continuó el viejo—nada dicen favorable á vuestro porvenir.

—¿Moriré pronto?

—Sí.

—¿Y cómo?

—En el garrote.

D. José se puso densamente pálido.

—Mentís, porque soy noble, y á los nobles no se les puede dar garrote.

—Ante los astros no hay nobleza.

D. José calló y quedó pensativo: el astrólogo lo contempló un largo rato y luego como conmovido dijo:

—Yo quise evitaros este disgusto, porque saber el mal con anticipacion es sentirlo doble; pero vos lo habeis querido, vuestra suerte me apesa joven, y quiero ver de remediarla.

—¿Cómo? preguntó D. José alzando el rostro y mirando al viejo fijamente.

—¿Quereis un talisman? quizá os valga, aunque no es infalible.

—Dádmele—dijo el jóven.

El viejo abrió un armario, buscó allí largo rato, sacó un objeto y acercándose á D. José le dijo:

—Aquí le teneis: este talisman está formado bajo los auspicios del sol, el mayor de los planetas: es de oro purísimo de hungría, su forma como veis es redonda como la del sol; en un lado tiene un cuadrado compuesto de seis líneas de números, y contando estos números de un ángulo al otro en la forma de la cruz de San Andrés, suman ciento once, que es el número de estrellas que están bajo la dominacion de este planeta y que Dios le ha dado como súbditos: en el otro lado del talisman vereis la figura del sol radiante. Todos estos signos han sido grabados en el momento de la conjuncion de la luna, en el signo de Leon. Este talisman os procurara el favor y el cariño de los reyes y grandes de la tierra, que es de donde miro venir la sombra negra que mancha vuestro horóscopo.

El jóven tomó el talisman que el astrólogo le entregó envuelto en un pedazo de tela de seda verde; lo guardó cuidadosamente y sin hablar una palabra entregó una bolsa al astrólogo y se dispuso á salir.

—Jóven—dijo el astrólogo—en cualquier lance difícil en que os encontréis en la vida, os encargo que vengais á verme; yo os ayudare á conjurar el mal.

D. José, sin replicar, salió de la estancia.

Valenzuela le siguió, tomaron ambos sus sombreros y se encontraron á poco en la calle.

—Mucho os ha preocupado el astrólogo—dijo Valenzuela.

—Por mi fé que sí:—á pesar de que nada les creo á estos hombres.

—Pues entónces. ....

—No sé lo que deciros, pero esto de oír anunciar la muerte en medio de la vida, es muy cruel.

Los dos siguieron conversando, y poco á poco se disipó la negra nube que pesaba en el espíritu de D. José, y al llegar cerca de la casa, yareia como si nada hubiera pasado.

—Cerca estais ya de vuestra casa y os dejo—dijo Valenzuela.

—No quiero molestaros, y solo por eso me privo de vuestra compañía, sin suplicaros vayais hasta mi casa; pero mañana os aguardo.

—No faltaré: adios.

—El os guie.

Los dos jóvenes se separaron: D. José dirigióse á su casa, y Valenzuela se volvió apresuradamente para la habitación del astrólogo.

La idea mas estraña le habia ocurrido en aquel instante.

## IV.

Refiérese quién era el astrólogo, y lo que con él habló D. Fernando de Valenzuela.



ALENZUELA volvió á la casa del astrólogo.

Durante la conferencia que este habia tenido con D. José de Mallades, D. Fernando creyó conocer la voz de aquel hombre.

D. Fernando habia estado otra vez con él, pero como entonces iba en busca de su horóscopo, y estaba naturalmente preocupado, nada advirtió; pero al volver por segunda vez, acompañando á Mallades, comenzó por creer que la voz del astrólogo le era no solo conocida sino familiar.

Notó luego que el rostro de aquel hombre tenia una frescura tan juvenil, que no correspondia á la avanzada edad que pretendian representar su barba y sus cabellos canos: además, brillaban sus ojos de una manera impropia en un anciano.

De aquí le vino el deseo de examinarlo con mas cuidado y conoció que la barba era postiza y llegó á mirar un mechón de pelo negro escapándose por debajo de la peluca.